

La participación de los independientes

Conviene insistir en la necesidad inexcusable de la presencia en los nuevos partidos políticos —o la inscripción, si se prefiere— de los hasta hoy independientes.

Hasta el derrumbe de nuestras antiguas estructuras democráticas, constituía un lugar común escuchar a los hombres de empresa, a los profesionales más sobresalientes, a los técnicos y, en general, a los hombres más laboriosos e imaginativos, una cerrada negativa a intervenir en política. No era cosa de ellos, según decían, y consideraban cumplir suficientemente sus obligaciones cívicas, por el hecho de contribuir a la corriente o al candidato que mejor representara sus opciones. Para su desgracia, y ante su resistencia a "meterse" en política, la política se "metió" con ellos y a punto estuvo de arrasarlos.

Esa ausencia no puede sostenerse ya más. No se trata de que sustituyendo un extremo por otro abandonen lo suyo y se dediquen a la acción cívica. No; se trata, simplemente, de que, vista la

enorme complejidad de los problemas del mundo moderno, el caudal de información que su manejo y resolución exige, y el grado de especialización que a menudo debe alcanzarse, participen en la actividad partidista para aportar sus conocimientos y experiencias, y para que su criterio de hombres prácticos coadyuve a que el curso de las acciones no se dispare hacia el reino de la utopía.

Las sociedades modernas plantean problemas que no pueden encararse y solucionarse con la simple buena voluntad o con la mera vocación cívica. Una y otra resultan impotentes, confrontadas a problemas como el terrorismo o la droga. Ambos flagelos exigen acciones muy imaginativas y complejas, que tocan planos tan distintos como la educación, la salud o los servicios judiciales y policiales, y cuya envergadura es tal, que requiere el concurso de los mejores y más variados talentos.

Cosa parecida ocurre cuando se llega a los problemas planteados por la contaminación am-

biental, por el empleo de los recursos de energía, por la agilización y seguridad de los medios de transporte o por la incorporación y aplicación de las nuevas tecnologías. Todo esto sin siquiera asomarnos al sofisticadísimo mundo de la informática, la biotecnología, la automatización o la ingeniería genética. La sola mención de todos estos campos y de todos aquellos problemas resultan cosa de vértigo; más aún cuando no podemos ignorar que nos están golpeando la puerta, mientras muchos "dirigentes ideológicos" yacen sumidos en una política estrecha y lugareña.

No hay posibilidades, pues, ni parece aceptable, que nuestros mejores elementos hagan ascos a la política. Incorpórense a ella, participen, hagan pesar su preparación y su influencia, y, ciertamente, podrán esperarse mejores días para nuestro país.